

que tengo costumbre de pernoctar en el campo de batalla.—Después de haber reanimado á sus tropas, que tranquilizadas por la llegada de la reserva arden en deseos de vencer, da la señal y se toca á la carga en toda la línea.

Los austriacos, en orden de marcha mas bien que de batalla, se dirigen por el camino real. La columna mandada por Mr. Desaix, marchaba la primera y un poco atras venia el centro medio desplegado por la llanura y haciendo frente á Lannes.

De improviso presenta el general Marmont doce cañones. Cae espesa metralla sobre la cabeza de la columna austriaca sorprendida, pues no aguardaba nueva resistencia; creyendo á los franceses en completa retirada. Apenas se habia recobrado de aquella súbita emocion, cuando Desaix se pone en movimiento con la 9.^a de ligeros.—Id á participar al primer consul, dijo á su ayudante de campo Savary que voy á cargar y necesito ser apoyado por la caballería.—Desaix á caballo marcha en persona á la cabeza de aquella media brigada; atraviesa con ella el leve repecho que la ocultaba a la vista de los austriacos, y se anuncia de repente con una descarga de mosquetería á boca de jarro. Contestan á ella los austriacos, y cae Desaix al punto atravesado el pecho de una bala.—Ocultad mi muerte, dijo al general Boudet que era su gefe de division, para que no decaigan de ánimo las tropas.—¡Inutil precaucion de aquel héroe! le han visto caer y sus soldados como los de Turena, piden á voces vengar á su gefe. La 9.^a de ligeros que aquel dia mereció el título de *incomparable*, título que conser-

vó hasta el fin de nuestras guerras, después de haber hecho sus descargas, se forma en columna y cae sobre la espesa masa de los austriacos. Sorprendidos á su vista los dos primeros regimientos que abrían la marcha, se precipitan en desorden sobre la segunda línea y desaparecen entre sus filas. Entonces se encuentra sola la cabeza de la columna de granaderos de Lattermann y recibe aquel choque como tropa escogida. Mantiénese firme, y estiéndese el combate por ambos lados del camino real. La 9.^a de ligeros está apoyada á la derecha por las tropas de Victor reunidas, y á la izquierda por las 30.^a y 59.^a medias brigadas de la division de Boudet que han seguido el movimiento. Desfíendense con trabajo los granaderos de Lattermann cuando de repente viene á estallar sobre sus cabezas una tempestad imprevista. El general Kellermann, que á petición de Desaix, habia recibido orden de cargar, parte al galope y pasando entre Lannes y Desaix, coloca parte de sus escuadrones en disposicion de hacer frente á la caballería austriaca que veia delante de él, y con el resto se arroja sobre el flanco de la columna de granaderos, acometidos ya de frente por la infantería de Boudet. Ejecutada esta carga con extraordinario vigor y presteza divide en dos la columna. Los escuadrones de Kellermann acuchillan á derecha é izquierda, hasta que acosados por todas partes los infelices granaderos rinden las armas entregándose prisioneros hasta dos mil de entre ellos. El mismo general Zach, que los mandaba, se vé obligado á entregar su espada, quedando así los austriacos privados de direccion para el fin de la

batalla, porque Mr. de Melas, como ya se ha visto, habia regresado á Alejandria creyendo asegurada la victoria. No se detiene allí Kellermann, sino que se arroja sobre los dragones de Lichiensten y los pone en fuga, obligándolos á replegarse sobre el centro de los austriacos, que en aquel momento se desplegaba en la llanura enfrente de Lannes, lo cual ocasiona algun desorden. Lannes avanza entonces y embiste vigorosamente á aquel combatido centro de los austriacos, mientras los granaderos de la guardia consular y Carra-Saint-Cyr se dirigen de nuevo á Castel-Ceriolo, de donde no se hallaban muy distantes. Los franceses han vuelto á tomar la ofensiva en toda la linea de San Giuliano á Castel-Ceriolo, y avanzan enagenados de alegría y entusiasmo al ver que la victoria les presenta otra vez su faz risueña, y que la sorpresa y el desaliento han pasado á las filas de los austriacos.

¡Admirable poder de la voluntad que se obstina, y obstinándose consigue dominar á la fortuna! Desde San Giuliano á Castel-Ceriolo, avanza á paso de carga aquella linea oblicua de los franceses, rechazando á los austriacos llenos de asombro al ver que tienen que dar una nueva batalla. Carra-Saint-Cyr reconquista pronto la aldea de Castel-Ceriolo, y el general Ott que se habia adelantado mas allá de esta aldea, temiendo verse envuelto, trata de retroceder antes de perder sus comunicaciones. Un movimiento de terror pánico se comunica á su caballeria que huye al galope gritando: ¡á los puentes! Entonces solo piensan en ver quien llega primero á los puentes del Bormida. Volviendo á pasar el general Ott por Castel-Ce-

riolo con las tropas de Vogelsang se ve obligado á abrirse paso por entre las filas de los franceses. Lo consigue y llega aceleradamente á las orillas del Bormida, donde todos se precipitan con furia. En vano intentan los generales Kaim y Haddick sostener el centro; Lannes se lo impide, los arroja á Marengo y desde allí los repele al Fontanona y del Fontanona al Bormida. Pero los granaderos de Weidenfeld se mantienen firmes por un instante para dar tiempo de retroceder á Oreilly, que se habia adelantado hasta Cassina-Grossa. Por su parte la caballeria austriaca intenta dar algunas cargas para contener en su marcha los franceses; pero la resisten los granaderos de á caballo de la guardia consular, dirigidos por Bessieres y el jóven Beauharnais. Lannes y Victor con sus cuerpos reunidos se lanzan al fin sobre Marengo, y derrotan á Oreilly, así como los granaderos de Weidenfeld. Aumentase á cada instante la confusion al rededor de los puentes del Bormida, amontonándose allí en desorden infantes, ginetes y artilleros, y no teniendo los puentes suficiente cabida para todos, se arrojan muchos al Bormida para pasarlo á nado. Un conductor de artilleria hace la prueba de atravesarlo con el cañon que conduce y lo consigue: entonces toda la caballeria quiere imitar su ejemplo pero se atascan muchos carros en el cauce del rio. Los franceses, ganosos de la persecucion del enemigo, le cogen hombres, caballos, cañones y bagages. El desgraciado baron de Melas, que dos horas antes habia dejado á su ejército victorioso, corrió al rumor de este desastre y apenas pudo dar crédito á sus ojos llegando al colmo su desesperacion.

Tal fué la sangrienta batalla de Marengo, la cual, como veremos en breve, ejerció una inmensa influencia sobre los destinos de la Francia y del mundo; efectivamente dió por el pronto la paz á la República, y algo mas tarde el Imperio al primer consul. Fué cruelmente disputada, y en verdad que lo merecia, por que nunca podian presentarse consecuencias mas graves para cualquiera de los dos adversarios. Mr. de Melas peleaba á fin de evitar una capitulacion deshonrosa, el general Bonaparte jugaba en aquel dia toda su fortuna. Atendido el número de combatientes las pérdidas fueron inmensas y superiores á los cálculos mas exagerados. Los austriacos perdieron cerca de ocho mil hombres entre muertos ó heridos y mas de cuatro mil prisioneros. Su estado mayor fué cruelmente diezmado; el general Haddick muerto; los generales Vogelsang, Lattermann, Bellegarde, Lamarsaille, y Gotesheim heridos, y con ellos gran numero de oficiales. Perdieron, pues, entre los soldados que quedaron fuera de combate ó prisioneros la tercera parte de su ejército, si como se ha dicho generalmente, ascendia de treinta y seis á cuarentamil hombres. Por lo que hace á los franceses su pérdida consistió en seis mil hombres muertos ó heridos y unos mil prisioneros, lo cual equivale á la cuarta parte de los veinte y ocho mil soldados que se hallaron presentes á la batalla. Su estado mayor habia quedado tan mal parado como el de los austriacos. Los generales Mainoy, Rivaud, Malher y Campeaux, habian salido heridos y el último mortalmente. La pérdida mas considerable fué la de Desaix. La Francia no habia experimentado otra

mas sensible en diez años de guerra; esta pérdida fué tan grande para el primer consul que bastó á disminuirle el júbilo de la victoria, en términos, que cuando se le presentó su secretario Mr. de Bourienne para felicitarle por aquel milagroso triunfo diciéndole: — ¡qué magnífica jornada! — Si, muy magnífica, contestó el primer consul, si me hubiese sido dado abrazar á Desaix en el campo de batalla. Iba á nombrarle ministro de la guerra añadió, y hasta le hubiera hecho príncipe si hubiera estado en mi mano. — El vencedor de Marengo no sospechaba todavía que muy en breve podria dar coronas á los que le servian. El malogrado Desaix yacia cerca de San Giuliano en medio de aquel vasto campo de carniceria. Su ayudante de campo Savary que hacia mucho tiempo le profesaba el mayor cariño, buscándolo entre los muertos, le conoció por su abundante cabellera, lo recogió con piadoso cuidado, lo envolvió en la capa de un husar, y colocándolo sobre su caballo, le trasladó al cuartel general de Torredi-Garofolo.

A pesar de hallarse el llano de Marengo inundado de sangre francesa, reinaba la alegría en el ejército. Soldados y generales conocian el mérito de su conducta, y apreciaban la inmensa importancia de una victoria ganada á retaguardia del enemigo. Los austriacos por el contrario estaban consternados, porque se consideraban arrollados y reducidos á sufrir la ley del vencedor. El baron de Melas, á quien habian matado dos caballos en aquella jornada, y el cual á pesar de su edad avanzada se habia portado, como hubiera podido hacerlo el mas jóven y valiente soldado

de su ejército, se hallaba sumergido en el mas profundo dolor. Habia vuelto á Alejandria para tomar un poco de descanso, considerándose vencedor, ahora veia a su ejército casi destrozado, huyendo en todas direcciones, abandonando su artillería á los franceses, ó dejándola atascada en los pantanos del Bormida. Para colmo de desgracia, su gefe de estado mayor Zach, que merecia toda su confianza, hallábase en aquel momento prisionero de los franceses. En vano volvía sus ojos a todos sus generales; ninguno queria darle un consejo; todos maldecian al gabinete de Viena, que los habia alimentado con tan funestas ilusiones, precipitándolos á un abismo. Sin embargo; era forzoso tomar un partido; ¿pero cuál seria este?..... ¿Pelear hasta abrirse paso? acababan de intentarlo y no lo habian conseguido. ¿Retirarse hácia Génova ó atravesar el Pó superior para forzar el Tessino? Pero éstos partidos dificiles antes de la batalla, eran imposibles despues de dada y perdida. El general Suchet se hallaba á pocas leguas de distancia á la espalda con el ejército de Liguria hácia Acqui, y el general Bonaparte delante de Alejandria con el ejército de reserva victorioso. Ambos iban á reunirse y á cortar el camino de Génova. El general Moncey que con los destacamentos traídos á Alemania guardaba el Tessino, podia ser socorrido por el general Bonaparte en tan corto tiempo como se empleara en marchar hácia él. No habia pues probabilidad de salvacion por parte alguna, y era preciso fijarse en la cruel idea de capitulacion, dándose por contentos, si abandonando la Italia, se aseguraba la libertad del ejército austriaco, y se

conseguia de la generosidad del vencedor que este desgraciado ejército no quedase prisionero de guerra. Por tanto, se resolvió enviar un parlamentario al general Bonaparte para entrar en negociaciones, eligiéndose al principe de Lichtenstein, el cual debia dirigirse á la mañana siguiente 15 de junio (26 de pradiel) al cuartel general francés. Por su parte, el primer consul tenia muchas razones para tratar con los austriacos. Habia conseguido su objeto principal, puesto que la Italia habia quedado libre en una sola batalla. Despues de la victoria que acababa de alcanzar, y que dejaba completamente acordonados y cerrados á los austriacos, estaba seguro de conseguir la evacuacion de la Italia, y en rigor hasta hubiera podido exigir que los vencidos depusieran las armas y se constituyeran prisioneros; pero humillando el honor de aquellos valientes, acaso se los impelia á cometer un acto de desesperacion; lo cual ocasionaria inútil derramamiento de sangre, y sobre todo la pérdida de un tiempo tan precioso, pues ausente de París hacia ya mas de un mes, lo que mas le importaba era regresar cuanto antes á aquella ciudad. Teniamos un prisionero que podia servir de excelente medianero, y era Mr. de Zach. El primer consul se franqueó con él, manifestó en su presencia su deseo sincero de hacer la paz, y lo dispuesto que se hallaba á conceder al ejército imperial las mas honrosas condiciones. Habiendo llegado entretanto el parlamentario austriaco, le repitió las mismas intenciones y deseos que ya habia revelado á Mr. de Zach, y encargó á ambos que se dirigieran con Berthier á donde estaba Mr. de Melas para fijar las

bases de una capitulacion. Segun su costumbre en todas las circunstancias de este género , declaró irrevocablemente las condiciones resueltas ya en su pensamiento , anunciando que no se las haria modificar conferencia alguna. Segun estas condiciones se avenia á no exigir que el ejército austriaco fuese declarado prisionero , y consentia en dejarlo pasar con los honores de la guerra ; pero exigia en cambio que se entregaran inmediatamente á la Francia todas las plazas de la Liguria, del Piamonte, de la Lombardía y de las Legaciones, y que los austriacos evacuasen toda la Italia hasta el Mincio. Los negociadores partieron inmediatamente para el cuartel general austriaco. Aunque rigurosas las condiciones que llevaban eran naturales , y aun puede decirse que generosas. Una sola era dura y casi humillante la entrega de Génova , despues de vertida tanta sangre , y de haberla ocupado solamente unos pocos dias ; pero era evidente que el vencedor no podia renunciar á esta condicion. Mr. de Melas sin embargo , envió su principal negociador cerca del primer consul para suscitar algunas contestaciones sobre el armisticio propuesto. —Caballero , le dijo con vivacidad el primer consul , mis condiciones son irrevocables. No he principiado ayer el ejercicio de la guerra ; conozco vuestra posicion tanto como vosotros mismos. Os hallais en Alejandria obstruidos por el número de muertos, heridos y enfermos ; desprovistos de víveres, privados de la flor de vuestro ejército y envueltos por todas partes. Podria exigirlo todo; pero respeto las canas de vuestro general, y el valor de vuestros soldados, y no pido mas que lo que exi-

je la situacion actual de los negocios. Volveos á Alejandria; serán inútiles cuantos esfuerzos hagais para lograr de mí otras condiciones.

El convenio fué firmado en Alejandria el mismo dia 15, con arreglo á las bases propuestas por el general Bonaparte. Se convino ante todo que habria suspension de armas en Italia hasta despues de haber recibido la respuesta de Viena. Si se aceptaba el convenio , los austriacos tenian la facultad de retirarse con los honores de la guerra detrás de la línea del Mincio. Al retirarse se comprometian á entregar á los franceses todas las plazas fuertes que ocupaban. Los castillos de Tortona , Alejandria , Milan , Arona y Plasencia, debian ser entregados del 16 al 20 de junio (del 27 de pradial al 1.º de mesidor) ; los castillos de Ceva y de Savona , y las plazas de Coni y de Génova del 16 al 24 de junio ; y por último el fuerte de Urbino el 26. Debia dividirse el ejército austriaco en tres columnas que se retirarian una en pos de otra , á medida que fuesen entregando las plazas. Habian de repartirse por mitad las inmensas provisiones acumuladas por Mr. de Melas en Italia : el ejército francés se quedaria con la artilleria de las fundiciones italianas , y el ejército imperial se llevaria la de las fundiciones austriacas. Despues de evacuar los imperiales la Lombardía hasta el Mincio , debian encerrarse detrás de la línea siguiente : el Mincio, la Fossa-Maestra , y la orilla izquierda del Pó desde Borgo-Forte hasta la embocadura de este rio en el Adriático. Quedaba el ejército austriaco en posesion de Peschiera y Mantua. Habíase dicho sin mas esplicaciones que el destacamento de aquel

ejército situado á la sazón en Toscana, continuaria ocupando aquella provincia. No se podia hablar en la capitulacion de los estados del papa y del rey de Nápoles, porque aquellos principes eran estraños á los sucesos de la alta Italia. Si el emperador no ratificaba aquel convenio, habia diez dias de término para anunciar la vuelta á las hostilidades, pero entre tanto no se podia enviar destacamento alguno á Alemania ni por una ni por otra parte.

Tal fué el espíritu de aquel célebre convenio de Alejandria, que proporcionó á la Francia en un solo dia la restitucion de la alta Italia, la cual traia consigo la restitucion de la Italia entera. Se ha censurado mucho y muy severamente á Mr. de Melas por aquella campaña y aquel convenio. Necesario es ser justo en la desgracia y especialmente cuando la redime una conducta altamente honrosa: Mr. de Melas fué engañado sobre la existencia del ejército de reserva por el gabinete de Viena, que no cesó de alimentarle con las mas funestas ilusiones. Una vez desengañado se le pudo criticar por no haber reunido sus tropas ni muy pronto ni de una manera completa y por haber dejado demasiada gente dentro de las plazas. En efecto, no era detrás de los muros de aquellas plazas, sino en el campo de batalla de Marengo, donde convenia defenderlas. Admitida esta falta, fuerza es reconocer que Mr. de Melas observó la conducta de todo hombre intrépido cuando se ve arrollado, la de abrirse camino, espada en mano. Lo intentó briosamente y fué vencido. Desde entonces ya no habia para él mas que una cosa posible, salvar la libertad de su ejército, puesto que

en su concepto estaba irrevocablemente perdida la Italia. No podia obtener mas de lo que obtuvo; y todavia habria podido padecer mas humillaciones, si así lo hubiese exigido la voluntad del vencedor, pero este obró con acierto en no exigir mas, porque humillando á aquellos valientes se habria espuesto á reducirlos á actos desesperados, y á perder un tiempo precioso, siendo como era indispensable en aquel momento su presencia en Paris. Compadezcamos, pues, á Mr. de Melas, y admiremos la conducta del vencedor que debió los prodigiosos resultados de aquella campaña, no á la casualidad, sino á las combinaciones mas profundas y mas maravillosamente ejecutadas.

Algunos detractores han pretendido atribuir al general Kellermann el buen éxito de la batalla de Marengo, y todos los resultados que produjo aquella jornada memorable. Si ha de despojarse de esta gloria al general Bonaparte, ¿porqué no se atribuye á Desaix, noble víctima de una de las mas felices ideas, que adivinando las órdenes de su gefe antes de recibirlas, corrió á traerle la victoria y su vida con ella?; porqué no ha de atribuirse tambien á aquel intrépido defensor de Génova que deteniendo á los austriacos junto á el Apenino dió tiempo al general Bonaparte para bajar de los Alpes, y se los entregó casi destrozados? segun eso serian los generales Kellermann, Desaix y Massena los verdaderos vencedores de Marengo, todos, excepto el general Bonaparte. Pero en este mundo la voz de los pueblos ha adjudicado siempre la gloria, y la voz de los pueblos ha proclamado vencedor de Marengo al que descubriendo con una ojeada de superior talento el partido que

se podia sacar de los altos Alpes para desembocar á espaldas de los austriacos, burló su vigilancia por tres meses consecutivos, creó un ejército que no existia; hizo esta creacion increíble á los ojos de toda Europa; atravesó el monte de San Bernardo sin caminos transitables; apareció de improviso en medio de Italia llena de asombro; arrolló con arte maravillosa á su desdichado adversario, y le dió una batalla decisiva, perdida por la mañana, ganada por la tarde y de seguro ganada á la mañana siguiente, á no haberlo sido aquel mismo dia; pues además de los seis mil hombres de Desaix, diez mil que hubiesen venido del Tessino y otros diez mil situados junto al Pó inferior, presentaban un medio infalible de destruir al ejército enemigo. Supóngase en efecto á los austriacos vencedores en 14 de junio, empeñados en el desfiladero de la Stradella, encontrando en Plasencia á los generales Duhesme y Loison con diez mil hombres para disputarles el paso del Pó, y teniendo detrás al general Bonaparte reforzado por los generales Desaix y Moncey: ¿Qué hubieran hecho los austriacos en aquel mal paso, detenidos por un rio bien defendido, y perseguidos por un ejército superior en número? Habrian sucumbido mucho mas desastrosamente que en los campos del Bormida. El verdadero vencedor de Marengo fué pues el que avasalló la fortuna con sus combinaciones, profundas, admirables, únicas en la historia de los grandes capitanes.

Además de esto, sus lugar-tenientes le secundaron demasiado bien para que sea necesario encajear su gloria á costa de la de otro alguno. Contribuyeron á su triunfo Massena con la heroica

defensa de Génova, Desaix con su acertada resolución, Lannes con su incomparable firmeza en la llanura de Marengo y Kellermann con una carga brillante de caballería. A todos los recompensó de la manera mas espléndida, y en cuanto á Desaix pagó su muerte tributándole el mas noble y delicado sentimiento, mandando que se celebraran magníficos funerales por el hombre que acababa de prestar á la Francia tan eminente servicio, y hasta tuvo cuidado de recoger á su familia militar y admitió á su lado á los dos ayudantes de campo, los coroneles Rapp y Savary, que por la muerte de su general habian quedado sin empleo.

Antes de abandonar el campo de batalla de Marengo quiso escribir otra carta al emperador de Alemania, pues aunque la primera no le habia valido mas que una contestacion indirecta, dirigida por Mr. de Thugut á Mr. de Talleyrand, creia que la victoria le permitia renovar las instancias rechazadas. En aquel momento deseaba la paz con estremo ardor, conociendo que el verdadero papel que le tocaba representar era el de pacificar la Francia esteriormente, despues de haberla pacificado en lo interior, y que desempeñada esta tarea legitimaria su autoridad naciente mucho mejor que pudieran hacerlo nuevas victorias. Susceptible por otra parte de las impresiones mas vivas, habiase enternecido sobre manera al ver aquel llano de Marengo en el que yacia la cuarta parte de los dos ejércitos. Dominado por estos sentimientos escribió al emperador una carta muy estraña.—En medio del campo de batalla, le decia, en medio de las agonias de multitud de heridos y rodeado de quince mil cadáveres, suplico

á V. M. que escuche la voz de la humanidad y no permita que se deguelen dos naciones valientes por intereses á que son ajenas. A mí me corresponde instar á V. M. porque me hallo mas cerca del teatro de la guerra. Su corazon no puede estar tan vivamente afligido como el mio...

La carta era larga: en ella discutia el primer consul con la elocuencia que le era propia y en un language que no era por cierto el de la diplomacia, los motivos que aun pudieran asistir á la Francia y á el Austria para permanecer armadas una contra otra. ¿Peleais acaso por la religion? le decia. En ese caso haced la guerra á los rusos y á los ingleses, que son los enemigos de vuestra fé, y noseais su aliado! ¿Peleais para preservaros de los principios revolucionarios? La guerra los ha propagado en medio continente, estendiendo las conquistas de la Francia, y los propagaria mas cada dia. ¿Peleais por conservar el equilibrio europeo? Los ingleses amenazan mas que nosotros ese equilibrio, porque han llegado á hacerse señores y tiranos del comercio, y nadie puede luchar con ellos, al paso que la Europa podria siempre contener á la Francia, si tratase seriamente de amenazar la independencia de las naciones. (Raciocinio muy justo y exacto por desgracia, y que han venido á justificar 15 años de guerra.) ¿Peleais, añadia el diplomata guerrero, por la integridad del imperio germánico? V. M. misma nos ha entregado á Maguncia y los estados alemanes de la orilla izquierda del Rhin. Además el imperio pide á V. M. la paz con vivas instancias. ¿Peleais en fin por los intereses de la casa de Austria? Nada mas natural; pero

cumplamos el tratado de Campo-Formio, que da á V. M. grandes indemnizaciones en compensacion de las provincias perdidas en los Países Bajos, asegurándoselas á V. M. donde prefriere obtenerlas, es decir, en Italia. Envie V. M. negociadores donde mejor le plazca, y añadiremos al tratado de Campo-Formio estipulaciones capaces de tranquilizarle respecto á la existencia de los estados secundarios, pues se acusa á la República francesa de haberlos puesto á todos en conmocion. Aquí aludia el primer consul á Holanda, Suiza, el Piamonte, el estado Romano, Toscana y Nápoles, puntos que el Directorio habia revolucionado. Con estas condiciones, añadia puede considerarse concluida la paz; hagamos comun el armisticio á todos los ejércitos y entremos desde luego en negociaciones.

Mr. de Saint-Julien, uno de los generales que merecian la confianza del emperador, fué el encargado de llevar á Viena esta carta y el convenio de Alejandria.

Pocos dias despues algo recobrado el primer consul de sus primeras impresiones, experimentaba uno de aquellos pesares que solia experimentar á menudo, cuando le acontecia escribir un documento importante, arrastrado de su primera inspiracion y sin contar antes con hombres de cabeza mas fria que la suya. Dando cuenta de aquel paso á los consules, les decia: Hé despachado un correo al emperador con una carta que os comunicará el ministro de relaciones exteriores. *Os parecerá algo original*, pero está escrita en el campo de batalla, (22 de junio.) Despues de haberse despedido de su ejército, partió para Milan

en la mañana del 17 de junio (28 de pradiel,) tres días después de la batalla de Marengo. Aguardábanle allí con suma impaciencia, y llegó por la noche. Avisada la población se agolpó á las calles para verle en su tránsito, prorumpiendo en gritos de júbilo y arrojando flores á su carruaje. La ciudad estaba iluminada con ese lujo que solo los italianos saben desplegar en sus fiestas. Los lombardos que acababan de soportar por espacio de diez ó doce meses el yugo de los austriacos, yugo que habian hecho mas duro la guerra y la violencia de las circunstancias, temian volver á verse bajo el dominio de su insoportable autoridad. Durante los diferentes azares de aquella corta campaña habian oido correr los mas contrarios rumores, habian sufrido las mas crueles zozobras, y considerábanse felices al ver en fin asegurada su libertad. El general Bonaparte dispuso que se proclamase al punto el restablecimiento de la República Cisalpina, y se apresuró á poner orden en los negocios de Italia, que mudaban enteramente de aspecto con su última victoria.

Ya hemos dicho que la guerra emprendida por la formidable coalicion de los rusos, ingleses y austriacos, para restablecer en sus estados á los príncipes caidos por las supuestas invasiones del Directorio, no habia restaurado á uno solo de ellos en su puesto. El rey del Piamonte estaba en Roma; el gran duque de Toscana en Austria, el papa habia muerto en Valencia, y sus provincias eran invadidas por los napolitanos. La familia real de Nápoles entregada enteramente á los ingleses se encontraba sola en sus estados donde

sufria la reaccion mas sanguinaria que puede imaginarse. La reina de Nápoles, el caballero Acton, y lord Nelson toleraban, ya que no mandasen, las mas abominables crueldades. Todo esto iba á cambiar con la victoria de la República francesa, pues tan interesada estaba en ello la humanidad como la política.

El primer consul instituyó un gobierno provisional en Milan mientras se podia reorganizar la República Cisalpina y señalarle fronteras definitivas, lo cual no era posible sino hasta después de realizada la paz. No se creyó obligado á guardar al rey del Piamonte mas consideraciones que las que habia mostrado el Austria, y en su consecuencia no se apresuró á restablecerle en sus estados. Sustituyóle un gobierno provisional, y nombró al general Jourdan comisario cerca de este gobierno con encargo de dirigirle. Largo tiempo hacia que el primer consul queria emplear y quitar á sus enemigos aquel hombre honrado y entendido, poco apropiado para jefe de los anarquistas en Francia. De este modo quedaba guardado el Piamonte como en reserva, con intencion de disponer de él cuando se celebrara la paz, ora fuese en provecho de la República francesa, ora como prenda de reconciliacion con la Europa, reconstituyendo los estados secundarios, destruidos en tiempo del Directorio. La Toscana debia quedar ocupada por un cuerpo austriaco. El primer consul mandó observar aquel punto estando pronto á invadirle, si bajaban á él los ingleses, ó se continuaba haciendo levas de gente contra la Francia. En cuanto á Nápoles, nada dijo, ni hizo aguardando las consecuencias de su

victoria sobre el espíritu de aquella corte. Ya la reina de Nápoles, asustada, se disponía á marchar á Viena para invocar el apoyo de el Austria y especialmente el de la Rusia.

Quedaba la corte de Roma, donde los intereses temporales se complicaban con los espirituales mas graves. Como ya se há visto, Pio VI acababa de morir en Francia prisionero del Directorio. El primer consul, fiel á su política, habia mandado que se le hiciesen solemnes exequias. Habíase reunido un cónclave en Venecia, alcanzando con mucha dificultad permiso del gabinete austriaco para nombrar sucesor al difunto papa. Treinta y cinco cardenales asistieron á aquel cónclave de que era secretario un prelado llamado monseñor Consalvi, sacerdote romano, jóven, ambicioso, notable por la flexibilidad, penetracion y amenidad de su entendimiento y que despues intervino en los mas graves negocios del siglo. Habíase dividido el cónclave segun acontece en toda eleccion política ó religiosa. Veinte y dos de sus individuos se adhirieron al cardenal Braschi, y designaban para el pontificado al cardenal Bellisomi, obispo de Cesena. Los que no querian perpetuar en Roma la dominacion de la familia de Braschi, se unieron al cardenal Antonelli, y presentaban por candidato al cardenal Mattei, signatario del tratado de Tolentino; pero no le daban mas que trece votos. Muchos meses se habian empleado en sostener aquella lucha silenciosa, pero obstinada entre ambos partidos, sin que ninguno de los dos hubiese podido hasta entonces vencer á su contrario. Se pensó en fin en el sabio cardenal Gerdil, que habia figurado en las controversias del último siglo. Este nuevo

candidato era saboyano, habia llegado á ser súbdito de la Francia despues de las victorias de la República. El Austria ejerció contra su persona el derecho de exclusion. Para concluir de una vez con semejante incidencia, se separaron dos individuos de los que apoyaban la candidatura del cardenal Mattei, y prometiéron unirse el cardenal Bellisomi, lo cualle aseguraba veinte y cuatro votos, es decir, las dos terceras partes de sufragios, número rigurosamente exigido por las leyes de la iglesia para que una eleccion sea válida; pero como se hallaban en los estados del Austria, habian creido necesario someter previamente á aquella corte este nombramiento á fin de obtener su consentimiento tácito. La corte de Viena cometió el yerro de dejar transcurrir mas de un mes sin dar contestacion, conducta que no pudo menos de ofender la susceptibilidad de los padres de la iglesia, dislocándose á un mismo tiempo todos los partidos y haciéndose imposible la eleccion del cardenal Bellisomi. Este momento de desorden y cansancio, era el que aguardaba el astuto secretario del cónclave, el prelado Consalvi, para presentar una nueva candidatura, objeto de sus largas y secretas meditaciones. Hablando á todos los partidos el lenguaje que mas podia influir en sus ánimos, manifestó á los unos los inconvenientes de la dominacion de los Braschi, á los otros lo poco que se podia esperar del Austria y de las diversas cortes cristianas; despues, dirigiéndose al antiguo interés romano tan sagaz y profundo, descubrió á sus ojos sorprendidos una perspectiva enteramente nueva para ellos.—De la Francia, les dijo, es de donde nos